

**ALGUNAS ACLARACIONES ACERCA DEL ARTICULO “LINAJES
PARENTALES AMERINDIOS EN POBLACIONES
DEL NORTE DE CORDOBA”
(García A, Demarchi DA, Rev. Arg. Antrop. Biol. 8(1):57-71, 2006)**

*Darío A. Demarchi^{1,2}
Angelina García¹*

En un número anterior de esta revista se publicó el artículo “Linajes parentales amerindios en poblaciones del norte de Córdoba” (García y Demarchi, 2006). En ese estudio se investigó la composición genética de una muestra de habitantes “criollos” de dos poblaciones del norte de Córdoba, a través del análisis de los marcadores del ADN mitocondrial que determinan los 4 principales linajes maternos amerindios y el marcador M3, del cromosoma Y, diagnóstico de linaje paterno amerindio. Se determinó la proporción de los linajes (haplogrupos) amerindios que sobreviven en esas localidades, se puso a prueba la existencia de posibles variaciones significativas en la distribución de linajes entre ambas muestras y por último, se establecieron similitudes con otros pueblos originarios del Cono Sur en la distribución de linajes maternos nativos.

1 Museo de Antropología. Facultad de Filosofía y Humanidades. Universidad Nacional de Córdoba. Argentina. 2 Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET). Argentina.

Correspondencia a : Dr. Darío A. Demarchi. Museo de Antropología. FFyH. UNC. Av. Hipólito Yrigoyen 174. 5000 Córdoba. Argentina.
e-mail: dariodemarchi@gmail.com

Recibido 6 Noviembre 2007

En el presente número, los lectores de la RAAB encontrarán una nota que se propone descalificar nuestro estudio a través de una serie de críticas. No es nuestro objetivo responder puntualmente a cada una de ellas sino más bien echar luz sobre algunas dudas que puedan surgir en los lectores a partir de las mismas.

Según nuestro crítico, los criterios seguidos en nuestra investigación durante la toma de muestras serían completamente erróneos. A este respecto, por si alguno de los lectores de esta revista lo desconoce, vale aclarar que los polimorfismos moleculares empleados, tanto para linajes nativos maternos o paternos, son marcadores diagnóstico de origen amerindio. Es decir, los portadores de alguno de los haplogrupos característicos de poblaciones nativas americanas (A, B, C y D en el caso de los maternos y M3 en el caso de los paternos) lo heredaron de un antepasado de origen americano, independientemente de los criterios seguidos en el muestreo. En cuanto a la procedencia de los participantes y sus antepasados a la que nos referimos en nuestro artículo es obviamente la geográfica; la procedencia biológica es precisamente lo que intentamos determinar a través de nuestro análisis. Llamativamente, se cuestiona la utilización de encuestas por no poder confirmarse la “veracidad de las respuestas”, desconociendo la importancia que tienen las mismas en antropología como herramienta fundamental en el trabajo de campo. A partir de la información obtenida en las encuestas, fueron seleccionados sólo aquellos individuos que tuvieran al menos 3 generaciones en el lugar de residencia. Este procedimiento nos aseguró la correspondencia entre lugar de muestreo y origen de la muestra. Una vez tipificados molecularmente los individuos que reunieran este requisito, sólo aquellos que poseyeran linajes maternos amerindios fueron incluidos en los análisis poblacionales subsiguientes. Por lo tanto, consideramos que las críticas carecen de fundamento y denotan la falta de una lectura detallada del trabajo y el desconocimiento sobre la naturaleza de las variables empleadas.

Uno de los errores más groseros que invalidarían nuestro análisis, según nuestro crítico, surgiría del hecho de que tanto Villa de Soto (30° 51' Sur, 64° 59' Oeste) como La Para (30° 53' Sur, 62° 60' Oeste) se encontrarían en “un mismo pretérito ámbito etno-geográfico”, es decir, en territorio de sanavirones. Por lo tanto, una contrastación entre ambas en busca de diferencias genéticas atribuibles a los grupos comechingones vs. sanavirones sería errónea. Dicho error se habría originado, sostiene, en utilizar información proporcionada por “publicaciones de divulgación realizadas por legos en la materia”. Sin embargo, Antonio Serrano claramente señala que los comechingones se distribuían “más o menos desde Cruz del Eje” (localidad ubicada 24 Km. al noreste de Villa de Soto) “hasta más allá del (paralelo) 33° de latitud sur (Serrano, 2000:171). Si existiera necesidad de mayor detalle, el mismo autor precisa, con referencia a la distribución de los comechingones, que

“la provincia (parcialidades locales) de los citones... estaba en el valle de Soto. Próximos a éstos, también en el valle de Soto o sus inmediaciones estaban los Tulianes y las provincias de Ulumaenin y Cantapas o de Cantacole” (Serrano, 1945:64).

En otro orden, nuestro crítico remarca que existirían en nuestro trabajo “ambigüedades conceptuales y errores descriptivos inauditos” al haber interpretado que, en la bibliografía antropológica, se atribuye a las denominaciones “comechingones” y “sanavirones” un alcance etno-biológico. Nuestra posición surge de que, sistemáticamente, se ha caracterizado a los primeros, a partir de relatos etnohistóricos, por la singularidad de sus rasgos morfológicos: ...“indios altos, de piel morena y barbados”, en oposición tácita pero evidente, a los segundos. Más aun, tal como destacan Bonnín y Laguens (2000).....“ con esa denominación se abarcaron a todos los grupos étnicos de Córdoba, sin respetar las diferencias regionales y sus identidades, ya que ningún grupo en particular conocido se denominó de esta manera. Esta forma de clasificarlos se perpetuó hasta la actualidad, oscureciendo la variabilidad cultural e ignorando la profundidad histórica de la región. Con el mismo criterio se utilizó la denominación de sanavirones para los grupos del norte de Córdoba y sur de Santiago del Estero, cometiendo el mismo tipo de error conceptual” (Bonnín y Laguens 2000:171).

En contraposición al modelo poblacional de variación genética (microevolutivo), según el cual se entiende que cultura y biología interactúan estrechamente modelando la evolución de las poblaciones humanas (Relethford, 1993), el autor de la nota sostiene una posición según la cual la “raza” sería un estado biológico inmutable, independiente de las diferencias culturales. Paradójicamente, nos previene que sugerir la interacción entre ambos factores, sería volver a “la vieja y totalmente abandonada idea de la relación unívoca entre raza y cultura”, sin advertir que la idea abandonada es la de “raza”, por carecer de sustento biológico y ser operativamente inútil. Paso siguiente, sin embargo, arriesga la hipótesis de que los “fragmentos cromosomales investigados” (refiriéndose, suponemos, a los haplogrupos mitocondriales) no “operarían de manera tan determinante en la morfología corporal humana como para servir en la convalidación o invalidación de una determinada tipología somática”. El planteo surge, una vez más, del desconocimiento sobre los polimorfismos moleculares utilizados. En el cromosoma mitocondrial existen 37 genes, ninguno de los cuales parece actuar, ni de manera determinante ni de ninguna otra, sobre la “morfología corporal humana”. En ningún párrafo de nuestro trabajo sugerimos tal posibilidad. Simplemente verificamos que, en relación a los marcadores utilizados, se observa una gran homogeneidad biológica en las dos poblaciones investigadas.

Una de las críticas que se repite reiteradamente recae sobre la bibliografía citada en nuestro trabajo, la cual manifestaría un “neto desequilibrio en lo temático”. Debe recordarse que en nuestro artículo se analiza la distribución de polimorfismos moleculares diagnósticos de linajes parentales en 2 poblaciones contemporáneas. Obviamente, la mayor parte de la bibliografía citada se refiere a trabajos de la misma naturaleza llevados a cabo en otras regiones, referencias a protocolos de laboratorio y a la metodología de análisis empleada. También citamos algunos artículos escritos por nuestro grupo, frutos de un proyecto interdisciplinario de largo aliento llevado a cabo en el Museo de Antropología (FFyH, UNC), que avalan parte de nuestra discusión y conclusiones. En ellos, particularmente en los que analizan variación morfológica en poblaciones prehispánicas, nuestro crítico se encontrará, para su tranquilidad, reiteradamente citado. Llama la atención, por otra parte y dada la profusión de bibliografía que éste parece manejar sobre el tema en cuestión (“las mayores contribuciones de primera mano que se han hecho al conocimiento de sus poblaciones aborígenes”), que de las 12 citas que incluye en su nota, 10 lo tengan como primer autor o coautor.

Esperamos que a través de estas aclaraciones hayamos despejado dudas que podrían haber surgido en los lectores de la Revista Argentina de Antropología Biológica sobre nuestro trabajo. Para finalizar, vale la pena destacar que los análisis presentados en el trabajo de García y Demarchi (2006) son resultados parciales dentro de un contexto mucho más amplio en el marco de nuestro proyecto, cuyo objetivo general es contribuir al conocimiento de los procesos de poblamiento y colonización que se sucedieron a lo largo del tiempo en el área central del territorio argentino, valiéndose de la información proporcionada por la arqueología, la antropología física y la genética molecular.

BIBLIOGRAFIA CITADA

- Bonnín M y Laguens AG (2000) Esteros y Algarrobales. Las Sociedades de las Sierras Centrales y la Llanura Santiagueña. En Tarragó MN (ed): Nueva Historia Argentina. Buenos Aires, Editorial Sudamericana.
- García A y Demarchi DA (2006) Incidencia de linajes parentales amerindios en poblaciones del norte de Córdoba. Revista Argentina de Antropología Biológica 8(1):57-72.
- Relethford JH (1993) The Human Species. An Introduction to Biological Anthropology. California, Mayfield Publishing Company.
- Serrano A (1945) Los Comechingones. Serie Aborígenes Argentinos. Vol.I. Instituto de Arqueología, Lingüística y Folklore. Universidad Nacional de Córdoba.
- Serrano A (2000) Los Aborígenes Argentinos. Síntesis Etnográfica. Córdoba, Ediciones Librería Paideia.